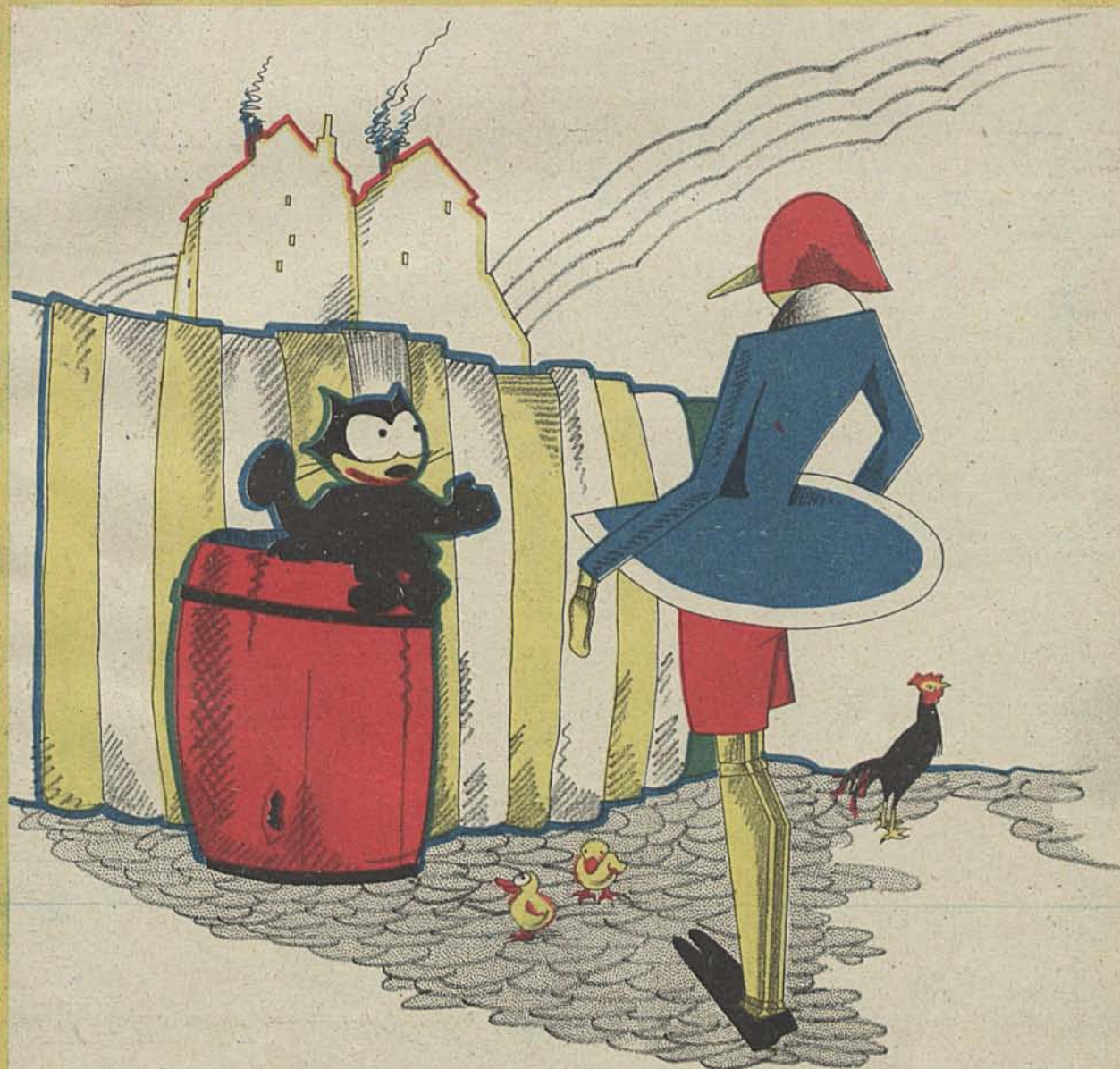


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 174

25 cts

17 JUNIO
1928



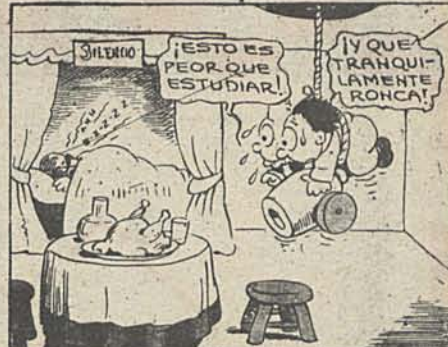
- ERES UN MENTIROSO MORRONGUIS, AYER ME DIJISTE QUE TE MARCHABAS A AMÉRICA.
- NO TE HE ENGAÑADO, PINOCHO, PORQUE HACE YA UN RATO QUE ESTOY EN CUBA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—¡Pobre Duda!
—murmuró Suwoff
con acento desgarrador.

—¡Bah! —le dijo
Shasky con dureza—.
¡Que este próximo
suplicio confirme

nuestro odio contra los tiranos! ¡Llévale a José Duda la expresión del reconocimiento de la patria, la dulce esperanza de la justicia y el sereno valor de los fuertes!

Suwoff, Shasky y el Pope abandonaron la cripta sepulcral, y al resplandor de una antorcha resinosa, subieron una larga y empinada escalera abierta en la Peña, recorrieron un corredor largo y estrecho, llegando por fin a una ancha cueva rodeada de numerosas criptas más pequeñas. Tanto unas como otras contenían innumerables urnas funerarias de mármol.

En un recodo de una de las criptas apoyábase una escalera de madera. El Pope subió primero, y al llegar arriba, oprimió un resorte oculto entre los intersticios del muro. La piedra que cerraba el subterráneo se levantó, desapareciendo el Pope por la abertura. Suwoff y Shasky siguieronle y se encontraron en el guardarropa de la sacristía. Era el guardarropa un gran mueble de nogal antiguo, donde se guardaban los ornamentos sagrados y los objetos preciosos de la monumental iglesia.

El Pope abrió una de las hojas de la puerta, y los tres hombres se encontraron en la sacristía, iluminada por una gran lámpara de plata que pendía delante de un altarcito.

A aquella hora el templo estaba cerrado para el público, y desierto. Las tres personas, al atravesarlo, parecían evidenciar más su inmensidad. Pasaron apresuradamente sin mirar los haces de banderas que pendían de los preciosos mármoles, los despojos del gran ejército napoleónico que aún viven en la memoria y en la tradición de Francia con el sencillo nombre de la *Grande Armée*.

Al pasar por delante del altar mayor, enfrente del cual está fijo en un pilar el bastón de mando del mariscal Davout, el Pope se inclinó y pareció musitar una breve plegaria.

Pero no tardó en estar con sus compañeros en la gran plaza, bajo la amplia columnata imitación de la de San Pedro.

La noche era serena, pero en el intercolumnio no penetraba la luz de la luna, que estaba muy alta en el cielo. Los tres hombres pudieron salir uno por uno, sin ser vistos, por la bóveda de la puertecilla abierta en una de las paredes laterales del templo y perderse por las diversas calles, bajo la penumbra de las colosales arcadas de mármol.

El Pope recorrió el trecho que le separaba del final de la Perspectiva Newsky hasta el Almirantazgo, y entró en la Gran Morskoiá, el punto de cita de los paseantes a la moda; pero aquella noche los grandes almacenes de lujo, los restaurantes elegantes y en boga y los hoteles particulares no tenían el acostumbrado aspecto animado y mundano. Muy poca gente por las calles y muy poca en las reuniones aristocráticas. Las amenazas de los terroristas y las persecuciones de la policía retenían en sus casas a los habituales concurrentes a la Gran Morskoiá. Escaseaban también los automóviles desde que la policía ejercía sobre los modernos vehículos una vigilancia excesiva, muy parecida a la persecución.

El Pope dió la vuelta a Sant'Isacco, la catedral de granito coronada de una cúpula de oro, y llegó al Neva.

Frente a él, en la blancura de la noche plenilunar, negreaba la admirable estatua de Pedro el Grande, a caballo, vestido de emperador romano, en actitud de hacer surgir del pantano desierto, hollado un día por las pisadas de los alces, la ciudad de sus sueños, la ciudad de Pedro, San Petersburgo.

El nocturno viandante dejó atrás el monumento erigido por el escultor Falconet a orillas del río y desembocó cerca de la línea de los *quais*, por delante de la gran maravilla de San Petersburgo, del dique de granito rosado de Finlandia, que encierra en una longitud de más de tres millas al Neva, que tiene en aquel sitio la anchura de un brazo de mar. La superficie del río estaba aprisionada bajo una gruesa costra de hielo. Los transeúntes y los coches atravesábanlo en todas direcciones. En el centro los *sportmens* apretujábanse en torno a la pista trazada por los corredores, y más allá los lapones llevaban a paseo a sus pequeños, a caballo en los renos, delante de una tienda de pieles en la cual habían instalado su domicilio.

El sacerdote se dirigió a aquel sitio y, dejando atrás la tienda lapona, llegó a la orilla septentrional, a la catedral de San Pedro y San Pablo, que domina los bastidores de la fortaleza.

Un rayo de luna, deslumbrante como una lámina de plata, iluminaba la elevada y sutil aguja de oro del campanario, y en torno suyo extendíase, siniestro y amenazador, el alto y macizo muro que sirve de cinturón a la fortaleza.

El rayo de luna, salutación o amenaza, mostraba la sepultura de los Romanoff, el sitio adonde van todos a dormir su último sueño, desde el Czar fundador.

El sacerdote se dispuso a dar la vuelta a la muralla. Del interior llegaban hasta él, al través de la quietud de la noche invernal, las voces roncadas y desapacibles de los cosacos borrachos, recogidos en el cuerpo de guardia.

—¿Quién va? —preguntó el centinela cuando hubo llegado al portón de entrada, apuntándole con el cañón del fusil.

—Soy un Pope —repuso el sacerdote mostrándole la cruz griega de oro que brillaba bajo el sagrado hábito—, soy el Pope Jaskoff, de Nuestra Señora de Kazan, que vengo para asistir al sentenciado.

El centinela bajó el cañón del fusil y, entrando en la garita, oprimió el botón de un timbre.

Pasaron algunos minutos. El centinela volvió a llamar, mientras el Pope luchaba contra el frío, caminando apresuradamente sobre la nieve de aquí para allá. Cesaron los cantos licenciosos y abrióse el portón.

—¿Quién es? —dijo una voz grosera y áspera.

El centinela explicó quién era el visitante.

—¡Entra! —dijo bruscamente el soldado alargando la mano para tomar el salvoconducto.

El Pope le presentó el pase. El cosaco se inclinó para examinarlo a la luz de la luna. El Pope se separó vivamente, asqueado por la horrible tuforada de *vodka* que exhalaba la boca del soldado.

—Está bien, está bien —refunfunó éste—, ven por aquí. Hablarás con el capitán.

Y echó a andar por entre los corpulentos árboles del Gran Parque, cargados de nieve, semejantes, bajo la luz argentada, a gigantescos esqueletos. Ambos pasaron por delante de un pequeño edificio en el cual tremolaba una bandera. El Pope miró hacia la doble vidriera que estaba a la altura de un hombre. Al través del denso velo de vapor que la encubría, distinguió sombras de soldados echados cuidadosamente sobre las mesas y los bancos. Por la entornada puerta salía una densa humareda de las pipas y

las notas roncadas y bulliciosas de canciones soeces y vulgares.

El Pope apresuró el paso para perder de vista aquel repugnante espectáculo. Después de haber transcurrido algunos minutos, llegaron frente al cuerpo principal de la fortaleza.

—¡Haz que abran! —le gritó el soldado, tambaleándose, al centinela.

Este se acercó a la enorme puerta de hierro, levantó el postigo de una mirilla y gritó:

—¡Hola, Iván, ven a abrir, viejo borracho!

Respondióle un gruñido, luego se oyó el ruido de grandes llaves y una faz hirsuta y feroz, como la de una fiera, se asomó por detrás de los barrotes de la mirilla.

—¡Abre, maldito lobo! —aulló el cosaco.

—¿Quieres que me muera de frío?

—¡Eso saldríamos ganando! —repuso un vozarrón desde dentro, dominando el estrépito de los grandes cerrojos al descorrerse—. ¡Pero eres carne de horca!

Entreabrióse un poco el ancho y pesado portón, y un hombre recio y corpulento, que cubría su cabeza con un gran gorro de pelo, que llevaba una larga blusa ceñida al talle por un ancho cinturón de cuero y calzaba altas botas, encorvando el cuerpo para pasar por el arco de la puerta, que era muy baja, salió afuera.

—¿Qué quieres? —rugió el vozarrón del carcelero, plantándose ante el cosaco que había conducido al Pope.

—Te traigo al Pope que viene a hacerle compañía al reo. Conducélo ante el capitán y cumple bien la comisión.

—¡No estoy borracho como tú!... Y al decir esto el carcelero volvió a meterse adentro, esperó a que entrase el Pope y volvió a cerrar el portillo.

El sacerdote se encontró en un ancho corredor abovedado, con las paredes formadas por grandes piedras en bruto, escasamente iluminado por una lámpara de gas, encerrada dentro de una bombilla de vidrio ahumado. La tierra estaba escavada, húmeda y sucia.

—Por aquí —gruñó el hombretón al llegar a una puerta, haciendo subir al Pope por una escalera menos sucia y mejor iluminada.

Un confuso vocerío hirió los oídos del sacerdote; no se percibían bien las palabras, pero el tono denotaba la ira, el libertinaje, la grosería y la inconsciencia.

—¡Aguárdate aquí! —dijo el carcelero al llegar a una puerta de la cual parecía salir la gritaría; luego entró volviéndola a cerrar.

—Pasa delante —dijo casi de repente al salir.

El Pope entró a regañadientes, refrenando un movimiento instintivo de fuga.

Lo primero que vio fué a cinco o seis oficiales echados, semisentados o de pie en torno a una gran mesa, sobre la cual veíanse vasos llenos hasta los bordes, vacíos o ya comenzados; botellas de *champagne* y jarros de *vodka*; grandes pipas, mazos de cigarros y de cigarrillos, restos de comidas, naipes; todas las señales, en suma, de la crápula y de la corrupción.

Uno de los oficiales se levantó, dirigiéndose con gesto cómico al encuentro del sacerdote.

Y, entre las risotadas de sus compañeros, le dijo, riéndose a carcajadas:

—¡Bravo, sacerdote! ¿Tú también vienes a gozar del espectáculo de esta noche?

El oficial que habló de esta manera tenía una de esas fisonomías que no se olvidan fácilmente y que revelan, en el acto y bien a las claras, las cualidades íntimas del que la posee: la mirada oblicua, los labios contraídos, el rostro lívido y anguloso, el bigote cerdoso y escaso.

El Pope, que no había vuelto aún de su turbación, sofocado por aquella atmósfera viciada y aturrido por el bullicioso vocerío, al pronto, no le contestó.

—¡Animo, padre! —continuó diciendo el oficial, entre nuevas explosiones de desenfundada hilaridad de sus com-

pañeros—. ¿Quieres hacer un brindis de efecto seguro? ¡Bebe a la salud de José Duda! Y le presentó al sacerdote un vaso de líquido.

—¡No bebo vino! —repuso el sacerdote, rechazando el vaso.

—¡Ja, ja, ja! Pues qué, ¿no dices misa?

—¡Eso no importa! ¡Acércate! Si no quieres beber, comerás. Esta noche hay que estar alegre.

El Pope estremeciéndose de desagrado y de indignación, pero logró contenerse.

Los demás oficiales, en cuya presencia se hallaba, no tenían todos las mismas facciones repulsivas de su capitán, pero estaban en un estado de escandalosa embriaguez. Tenían los ojos abotagados, descompuesto el rostro, vacilante el cuerpo, pareciendo haber renunciado a todo resto de dignidad humana y militar.

Ante aquel espectáculo, al oír las alusiones a su desdichado compañero, el sacerdote no pudo reprimir un movimiento de terror.

—¡Más leña a la estufa! —gritó el oficial—. ¿No veis que el Pope tiritita de frío?

Uno de ellos arrojó un grueso tronco de leña al interior de la estufa, que crepitó alegremente.

—Nosotros el fuego lo tenemos dentro —gritó un oficial, apurando un vaso de *vodka*.

El capitán le miró.

—Basta, Leónidas. ¿No has bebido bastante?

El oficial miró también al capitán, pero no tuvo la suficiente fuerza para responderle. Se cayó sentado sobre el banco, fingiendo que tal había sido su propósito.

—¡Animo, perezoso! Acuérdate de que esta noche tenemos que hacer.

Parecía que el capitán, al revés de sus subordinados, se hallaba en un cabal dominio de sí mismo, y sus ojos lanzaban extraños destellos.

El Pope hizo esfuerzos por dominarse.

—De modo que esta noche ajustician a José Duda.

—¡Ajusticiado dices! ¿Pero te has caído de las nubes? ¿José Duda ajusticiado? ¿José Duda, el asesino de nuestros fieles agentes los Miller, el afiliado a la revolución, destinado a morir a manos del verdugo? ¡Quita allá! ¿Dónde tienes la cabeza? ¡A José Duda le están reservados otros honores!

—¿Otros honores? —balbució el Pope, no comprendiendo bien lo que significaba el sarcasmo del capitán, aunque adivinando, tras aquellas palabras, algo horrible...

—¡Claro está! Unos honores reservados a muy pocos, ¿no es verdad, camaradas?

—¡Los más grandes honores! —gritó un oficial, hincando el diente en un pastel—. ¡Su Majestad el Czar nos lo ha regalado!

—¿Lo entiendes? —añadió el capitán, con una sonrisa de hiena—. Su Majestad el Czar lo ha abandonado en nuestras manos.

El Pope entornó los ojos y sintió sacudidas todas sus fibras por un escalofrío de terror.

¿Qué horrendo suplicio le reservaban aquellas fieras a José Duda, a su compañero de fe y de conspiración?

No tardaría mucho en saberlo; pero ningún cerebro humano, por muy perverso que fuese, hubiese podido sospechar nunca toda la atroz crueldad.

III

El martirio de José Duda.

—Capitán Godanov, el reo está a sus órdenes

—¿No has oído, reverendo Jaskoff, lo que acaba de decirme el teniente Krawtchenko? El reo está dispuesto a oír la lectura de la sentencia y la palabra de Dios, de la cual tú eres el digno intérprete.

(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA





UNA AVENTURA EN EL GANGES

CUENTO POR

E. SALGARI

Como seguramente sabréis, lectores míos, el Ganges es el río más grande y el más célebre de la península india. Las ciudades más opulentas de la India septentrional se encuentran a orillas de este gigantesco curso de agua, y junto a su desembocadura se levanta la capital de toda aquella riquísima colonia inglesa, la rica Calcuta, llamada la Reina del Golfo de Bengala.

Aun cuando el Ganges es frecuentado por un número enorme de buques de todas dimensiones, que lo recorren en uno y otro sentido, y no obstante lo populoso de sus orillas, es uno de los ríos más peligrosos para los navegantes, especialmente en su curso inferior, aguas abajo de Calcuta.

¿Y sabéis qué es lo que le hace tan peligroso? Los tigres.

Junto a su desembocadura, este río forma un número infinito de islas e islotes, cubiertos de espesa vegetación, donde se ocultan en gran número tigres, serpientes y cocodrilos de increíble longitud.

Nadie osa poner el pie en su suelo fangoso, donde además reinan las fiebres y el cólera durante casi todo el año.

Los barcos que vienen del golfo de Bengala con rum-

bo a Calcuta se ven obligados a costear los islotes del Delta, exponiéndose con frecuencia al peligro de trabar conocimiento con aquellas fieras, tan espléndidas como feroces.

Y, en efecto, más de un marinero ha sido arrebatado, casi a voleo, del castillo de su embarcación y arrastrado a través de las chunglas espinosas para servir de comida a alguna familia de tigrecillos.

Un caso semejante sucedió a un buque americano, que he visitado yo más tarde en Calcuta, algunas semanas después del acontecimiento que voy a referiros.

Aquel velero se llamaba *Harris*, y había salido de Australia para Calcuta, en donde tenía que embarcar algodón destinado a Europa.

Llegado a la altura de los *sunderbunds* (así se llaman las islas que el Ganges forma en su desembocadura), el barco, ignorante de los peligros que le acechaban, en lugar de embocar resueltamente el río, había anclado a poca distancia de una de aquellas islas en espera de práctico.

Toda la jornada transcurrió sin que el piloto acudiera. Retenido en otro sitio por algún motivo, no se le había vuelto a ver ni en Port-Harbour ni en las proximidades de las islas.

El capitán americano, que no conocía el río, dispuso pasar la noche al ancla, esperando que por la mañana llegaría por fin el práctico.

Por la noche, después de la cena, los marineros se retiraron a sus hamacas, dejando de guardia a un compañero y a un grumete de catorce años apenas, que habían tomado a bordo pocas semanas antes en el golfo de Martaban.

La noche era muy clara: una verdadera noche india. El cielo, aun sin luna, tiene una transparencia tal en aquellos parajes, que se pueden distinguir los obje-





tos más pequeños a distancias increíbles.

El marinero y el grumete, sentados en el castillo, charlaban tranquilamente, cuando hacía la orilla, situada a unos sesenta metros, oyeron como unos murmullos apagados.

—Parece como si hubiese alguna fiera entre aquellos cañaverales —dijo el marinero.

—¿Será algún tigre? —preguntó el grumete, receloso.

—Quizá. ¿Tienes miedo?

—Los tigres saben nadar —respondió el muchacho, que, habiendo vivido durante algunos años en Birmania, sabía de los animales feroces algo más que el marinero.

—¡Bah! —respondió el americano.— Quisiera verlo trepar por el costado del barco. No te asustes por tan poco, criatura. Aquí estamos seguros.

El grumete, tranquilizado por las palabras de su compañero, volvió a tenderse sobre el castillo; pero poco después se incorporó otra vez bruscamente, exclamando:

—¿Has oído?

—¿Qué pasa? —preguntó el marinero.

—Algo ha caído al río.

—Será algún cangrejo.

—No, ha sido un bicho grande.

El marinero comenzaba a inquietarse a su vez. También había oído contar que en alguna ocasión los tigres pudieron ganar la cubierta de un buque anclado como aquél a corta distancia de las desiertas playas; pero hasta entonces nunca dió crédito a tales historias.

—Veamos —dijo, levantándose y empuñando un hacha que se hallaba al alcance de su mano.

Subió a la borda y miró atentamente hacia

la orilla. Como la noche era clarísima, podía distinguir muy bien la superficie del agua.

Pero en aquel sitio crecían gigantescas cañas palustres, de diez a quince metros de altura, y a nivel del agua se extendían anchas hojas, semejantes a las del loto que crece en el Nilo.

Por consiguiente, un animal cualquiera podía haber dejado la orilla y acercarse cautelosamente al buque a través de aquellas plantas acuáticas.

—¡Me parece que has soñado, muchacho! —dijo el marinero, al cabo de algunos instantes.— Yo no veo absolutamente nada, ni oigo nada tampoco.

—Pues yo sí veo agitarse las copas de aquellas cañas —dijo el grumete.

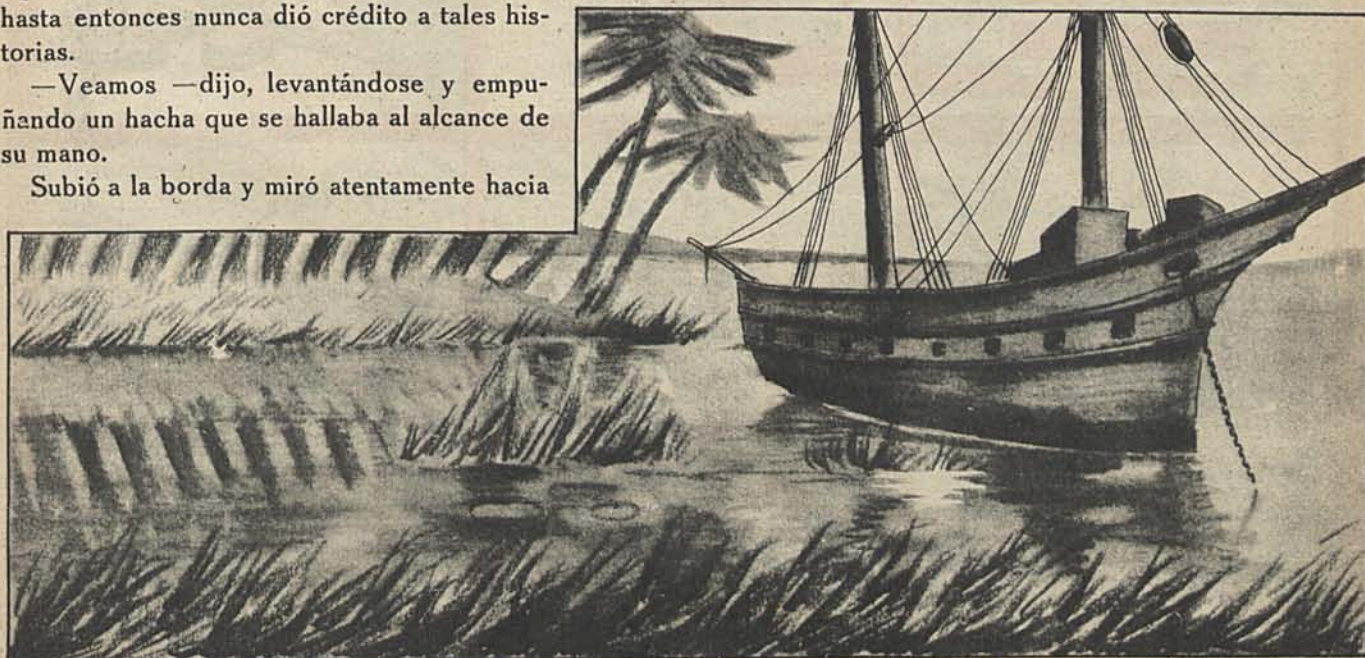
—Es la brisa, que las mueve.

Ya iba a retirarse, cuando de repente vió que unas hojas se aproximaban al costado del barco. ¿Era que la corriente las impelía, o que alguien las impulsaba en tal dirección? Como eran tan anchas, no se podía distinguir a primera vista si debajo de ellas se escondía algún animal.

—Comienzo a creer que tienes razón —dijo al grumete—. Ve a buscarme un fusil; quiero saber qué es lo que mueve esas hojas.

Mientras el grumete iba a la cámara de proa a coger el arma solicitada por el marinero, las hojas se habían acercado rápidamente. El marinero, cuyas inquietudes aumentaban ahora a cada momento, se había retirado hacia el castillo, por si era preciso advertir al capitán, que dormía en el cuadro con el segundo oficial.

(Continuará en el número próximo.)



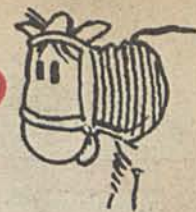


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



CUENTOS DE CALLEJA

LA HIJA DEL MOLINERO

Castillo



ABÍA en un lugar, cuyo nombre no recuerdo, un molinero que era muy pobre, pero tenía una hija hermosísima.

En cierta ocasión fué el molinero a hablar con el Rey, y para darse tono le dijo:

—Tengo una hija que sabe hilar paja, convirtiéndola en oro finísimo.

El Rey dijo al molinero:

—Eso es arte que no deja de tener su mérito; si tu hija es tan ingeniosa como dices, tráela mañana a palacio y la someteré a una prueba.

Cuando la muchacha llegó, la llevó a un aposento de paja, la dió una rueca y un huso, y la dijo:

—Ponte al trabajo; y si no hilas toda esta paja, convirtiéndola en oro, creeré que os habéis querido burlar de mí, y a ti y a tu padre os haré ahorcar.

Luego cerró el cuarto y la dejó sola.

La pobre muchacha no sabía qué hacer; no comprendía cómo había de arreglárselas para hilar la paja convirtiéndola en oro, y cada vez tenía más miedo, hasta que por fin se echó a llorar.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombrecillo, que dijo:

—Buenas noches. ¿Por qué lloras tanto?

—¡Ay! —contestó la muchacha—, tengo el compromiso de hilar paja y transformarla en oro, y no sé cómo arreglarme.

Oído lo cual contestó el hombrecillo:

—¿Qué me das si yo te saco del apuro?

—Mi collar —dijo la joven.

El hombrecillo tomó el collar, y, sentándose, cogió

la rueca, y a las pocas vueltas se llenaba el huso de oro. Entonces ponía otro nuevo, y así continuó hasta por la mañana, en que la paja se acabó, y todos los husos se llenaron de oro.

Al amanecer vino el Rey, y al ver tanto oro, se maravilló; pero era extremadamente avariento y deseaba más oro.

Llevó a la joven a otro aposento lleno de paja, mandándola que la hilase toda en una noche si quería conservar la vida. La joven, no sabiendo qué hacer, empezó otra vez a llorar. Entonces se abrió de nuevo la puerta, y el hombrecillo apareció y dijo:

—¿Qué me das si te convierto la paja en oro?

—Mi sortija —contestó la joven.

El hombrecillo tomó la sortija, empezó nuevamente a dar vueltas a la rueca, y por la mañana toda la paja era oro hilado.

El Rey se alegró sobremanera a la vista de tanto oro; pero aún deseaba más, y mandó llevar a la joven a otro

aposento más grande, lleno de paja, diciéndole:

—Si la hilas toda en esta noche, serás mi mujer. ¿Qué importa que sea hija de un molinero? —pensaba interiormente.— Una mujer más rica no la he de encontrar en el mundo.

Cuando la joven se quedó sola, vino el hombrecillo por tercera vez, y dijo:

—¿Qué me das si te hilo la paja también esta vez?

—Ya no tengo nada que darte —contestó la joven.

—Entonces, prométeme tu primer hijo cuando seas

Reina.





—Dios sabe si llegaré a tenerlo
—pensaba la joven.

Y como no sabía qué hacer, prometió al hombrecillo lo que le pedía, y éste en cambio le hiló otra vez toda la paja, convirtiéndola en oro.

Cuando el Rey entró por la mañana y vió satisfecho su deseo, se casó con la joven, y la hermosa hija del molinero fué Reina.

Al año tuvo un niño hermoso. Ya no se acordaba del hombrecillo; pero entró éste de pronto en el aposento, y dijo:

—Vengo a que me cumplas lo que me has prometido.

La Reina se asustó y ofreció al hombrecillo todas las riquezas del reino si la dejaba el niño; pero el hombrecillo repuso:

—No; prefiero un ser vivo a todos los tesoros del mundo.

Entonces la Reina empezó a llorar tanto, que el hombrecillo se compadeció de ella.

—Tres días te doy de plazo —dijo—; si para entonces sabes mi nombre, te dejaré tu hijo.

Entonces la Reina durante la noche trató de recordar todos los nombres que en su vida había oído, y envió mensajeros por el país para que se enterasen de cuantos allí se conocían o recordaban.

Cuando a la mañana siguiente vino el hombrecillo, le dijo ella todos los nombres que sabía, empezando por Gaspar, Melchor y Baltasar; pero a cada palabra



decía el hombrecillo:

—No me llamo de ese modo.

Al segundo día mandó preguntar por toda la merindad cómo se llamaban todos sus habitantes, y dijo al hombrecillo los nombres más raros; pero éste siempre le contestaba:

—No me llamo así.

Al tercer día llegó uno de los mensajeros, y dijo con aire de satisfacción a la Reina:

—Nombre nuevo no he podido averiguar ninguno; pero al llegar a una montaña muy alta, junto a un bosque sombrío, en donde el zorro y la liebre se dan las buenas noches, vi una casita pequeña, y delante de ella una hoguera: alrededor de ésta bailaba un hombrecillo muy ridículo, y gritaba muy contento:

—Hoy guiso al hijo de la Reina y mañana me lo trago: ¡no quiero que nadie sepa que me llamo *Sin Nombre!*

Y nadie lo sabrá, nadie lo sabrá.

Figuraos qué contenta se pondría la Reina al oír la relación del mensajero, porque desde luego supuso que el de la hoguera era el hombre a quien había hecho la promesa; y cuando poco después entró el hombrecillo y dijo:

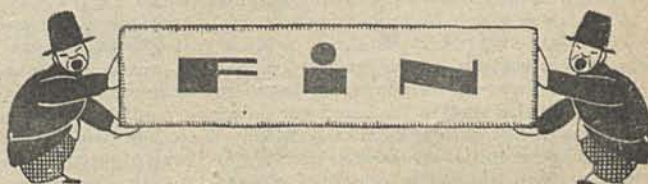
—Pues bien, señora Reina: ¿cómo me llamo?

Contestó ella:

—Te llamas *Sin Nombre*.

—¡El demonio te lo debe haber dicho! —gritó el hombrecillo dando con el pie derecho en el suelo, que se hundió hasta la mitad del cuerpo. Luego, lleno de rabia, agarró con las dos manos su pie izquierdo y se partió por la mitad.

Desde entonces no se le ha vuelto a ver.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Hoy quiero que me hables de la gacela, querido buho. He visto que muchos poetas cantan las bellezas de este animal y se ha despertado mi curiosidad por saber algo de estas gentiles gacelas, tan ponderadas.

—La gacela es un antilope cuya gracia y esbeltez le destacan sobre todos los animales. Está dotada de cuernos ensortijados en forma de lira, cola muy cortita y orejas largas y puntiagudas. Es un animal agilísimo, que retoza constantemente y llega a dar saltos de hasta tres metros de altura. El color de su pelo es amarillo terroso, lo que hace que cuando están echadas se las confunda con el mismo terreno. El vientre es blanco y la cola termina con un negro intenso. Sus sitios preferidos son los más ricos en vegetación.

—Yo he recorrido regiones de España donde abunda la vegetación y no he tenido la suerte de ver ninguna.

—Me refiero, querido Chonón, a la vegetación que se presenta en determinadas regiones de los desiertos y estepas. Busca los lugares arenosos, donde alternan las colinas con los vallecitos. El Norte de África, la Abisinia, el África Central y la Arabia son los lugares donde se ven frecuentemente manadas de gacelas. En las orillas del Nilo aparecen a veces en grupos de cuarenta o cincuenta.

—¡Qué hermosa aparición! ¿Verdad buho?

—La gacela es muy viva y advierte en seguida la presencia de cualquier peligro. Cuando hace mucho calor, las gacelas se cobijan a la sombra de las grandes plantas, pero siempre queda una que vigila y se coloca en sitio bien visible. Las demás permanecen tranquilamente echadas, rumiando los alimentos. Con preferencia, se sitúan en las vertientes de los montes, de forma que puedan dominar la llanura por donde puedan huir. También escogen la dirección del viento, porque de esta forma llega antes a sus oídos el menor aviso de peligro.

—Si que están dotadas de astucia.

—Y de oído, vista y olfato. Además, son rapidísimas en todos sus movimientos, y su extraordinaria agilidad les permite ponerse a salvo de sus perseguidores. Sin embargo, cuando son jóvenes, mueren muchas devoradas por los animales carnívoros, como el león, el tigre o la pantera; y aseguran los naturalistas que gracias a esta destrucción, que mantiene el equilibrio del reino animal, hay alguna vegetación en los desiertos, pues las gacelas se multiplican de tal modo, que, de vivir todas las que nacen, consumirían toda aquella vegetación.

—No hay bien que por mal no venga, ¿no te parece?

—Así es. La gacela es un animal inofensivo y tímido. Vive en paz con los demás animales que no se meten con ella y cuando ha de defenderse lo hace a patadas y cornadas, aunque su poder ofensivo es muy poco.

—Lo que me parece, amigo buho, es que con la destreza y agilidad de que dispone debe de ser muy difícil darle caza.

—No es caza fácil, desde luego. En unos países la cazan con escopeta; en otros, con perros lebreles, que son tan ligeros como la gacela, y en otros, con halcón.

—Háblame de esta caza que debe de ser muy interesante.

—Antes de que un halcón esté dispuesto para cazar gacelas hay que adiestrarlo en este arte. Para ello se llena la piel de una gacela con paja y en las cavidades de los ojos se mete carne. Poco a poco el halcón se va acostumbrando a atacar con su férreo pico a los ojos de la gacela, atraído por el manjar de la carne. Cuando la destreza es perfecta, puede confiarse en el éxito de la cacería. Caminan los cazadores por sitios donde es frecuente encontrar gacelas y para descubrirlas sueltan los halcones. Estos se remontan a gran altura para ver gran extensión de terreno y si no ven caza alguna vuelven al hombro de sus dueños. Pero si descubren alguna gacela se lanzan sobre ella con la velocidad del rayo y hacen presa con sus fuertes garras en el pobre animal. Entonces se sueltan los perros, y, acometiendo al antilope, lo derriban en tierra, y conseguido esto, es fácil a los cazadores apoderarse de la pieza.

—Es cruel el procedimiento.

—Como muchos empleados en la caza, pero es así. Con frecuencia, cuando llegan los perros, se ven acometidos con fiereza por el halcón, que les propina algún picotazo en la nariz o en las orejas y se hace precisa la intervención de los cazadores para evitar una lucha en la que perros y halcones podrían salir muy mal parados.

—¡Pobres gacelas! Me inspiran lástima.

—Y más lástima inspiran cuando se ven escenas en que este animal da pruebas de su cariño por los de su especie. Se han dado casos de ir huyendo dos gacelas juntas, caer una de ellas herida y entonces la otra, en vez de proseguir la huida, se ha quedado inmóvil al lado de su compañera, como petrificada por el terror y lanzando lastimeros balidos de dolor. En estas circunstancias es tan fácil apoderarse de la gacela viva, como de la herida.

—Si yo estuviese presente me apoderaría de las dos. Pero sería para curar la herida y luego poner en libertad a las dos para que viviesen a sus anchas.

—Y hasta es probable, querido Chononcito, que te lo agradecerían tanto que ya no quisieran irse de tu lado.

—¿Es posible? ¿Se quedarían a vivir conmigo?

—Como lo oyes. La gacela es fácilmente domesticable, y si se la trata bien, viven muy a gusto con el hombre que las cuida. En muchas casas del Norte y Este de África se encuentran frecuentemente gacelas domésticas, tan mansas y amigas del hombre como los fieles perros, y constituyen un lindo adorno de la casa. La belleza de sus ojos, la gentileza y gracia de sus movimientos y la elegancia de su línea son un recreo para los ojos humanos.

—¿De qué buena gana me compraría una, mi sabio buho!

—No creas que se aclimatan tan fácilmente a todas las temperaturas. Hay que preservarlas mucho del frío y necesitan en el verano mucho espacio para retomar y disimular aparentemente su cautividad.

—¿Qué alimentos hay que darles?

—Comen muchas cosas. Prefieren el pan, heno, cebada y forraje verde. Beben tan poco que con el agua que cabe en un vaso corriente tienen bastante para todo el día. En cambio son muy aficionadas a la sal, pero no es conveniente que la saboreen con exceso porque les hace daño.

—Me inspira viva simpatía este animalito y has hecho con tu descripción de caza que le coja odio al halcón. Tienes que hablarme de este bicho para que yo sepa, el día que encuentre alguno, con quién me juego los cuartos. Te advierto que sólo conozco a este pajarraco por haberlo visto en algunas estampas donde se representan escenas de caza. Me pareció la primera vez que lo vi una cacaatúa orgullosa, que se daba mucha importancia porque iba empingorotada sobre el hombro de un caballero, al que seguían muchos criados con escopetas, trompas, perros y qué sé yo cuántas cosas más. A lo mejor, el halcón se creería que toda aquella comitiva le seguía a él.

—Puede que sí, porque es un animal que le gusta mucho que lo mimen.

—Y él, en cambio, trata a los demás animales a picotazos y a arañazos.

—El halcón es una formidable arma de caza y como tal es enemigo de casi todos los animales. Obedece ciegamente a su amo, y, aun reconociendo sus instintos sanguinarios, es interesantísima esta ave. Ya te hablaré de ella cuando podamos disponer de más tiempo.

—Yo quisiera que fuese ahora mismo.

—Hoy ya no puede ser; hemos consumido todo el tiempo de nuestra charla y están esperando Morronguis, Tin, Ton, Currinche, Don Turu, Laura, Don Panfrito, etc., etc., para hacer su trabajo.

—Es verdad. ¡Menuda cola hay en la escalera! Fíjate en Tin y Ton, qué diablura están preparando. Le han atado al capitán una lata vacía de petróleo, y cuando suba se va a armar el mismo estrépito que si se hundiera la casa.

—Pues no les hagamos esperar más. Adiós, Chonón.

—Adiós, buho.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

HISTORIETA



A la llegada de la primavera, Morronguis quiere bañarse.

Pero se sorprende al leer un cartelito que hay en el puerto, y que dice: «Se prohíbe bañarse».

Tiene una idea genial y piensa subirse al Mi-guelete y esperar

a que pase un aeroplano; y en este momento lo ve venir, se coge a una cuerda,

y, al cabo de un rato, se dejó caer en el mar.

Y Morronguis cumplió su deseo.

RUIZ MALLENT.

El buho.
ANTONIO CARULLA.



El caballo que una noche soñó.
MERCEDES REY.



Mi casa de campo.
MARÍA CARO.



Una caricatura.
B. DE BUSTOS.



Morronguis.
CARLOS ZAPATERO.



El gran Popó.
TERESITA PEÑA.



Busto de Pirula.
JOSÉ ALEMANY.



Mi amigo Clemente.
LUIS VIDAL.



Una vaca.
R. JARAQUEMADA.



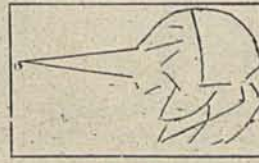
Un chinito.
M.ª JESÚS GARCÍA.



Mi prima.
CARMEN ALVAREZ.



Mis mejores amigos.
MANUEL OLIVERA.



Pinocho.
LUIS AYORA.



Siluetas.
ROMÁN JUGO.



Pinocho cobra una pieza.
R. IBÁÑEZ.



Mi amigo.
E. OÑA.



Polito.
ISIDRO M. ROMO.



Mi casa.
CONSUELO MONASTERIO.



Curriñche.
S. GÓMEZ.



Un «jockey».
JESÚS CAPELLA.



Don «Turu».
C. MACHIMBARRENA.



Mi gato.
VENTURA ALVAREZ.



—¿Dónde está el carburador?
—Lo he dejado en casa.

CRISTÓBAL FERRER.



Un trasatlántico.
C. Z.



Una parada de Zamora.
JOSÉ ROS.



Una paloma.
BEATRIZ USANO.



Historia Natural.
BASILIO R.



Viva Pinocho.
ALFREDO MUNIS.



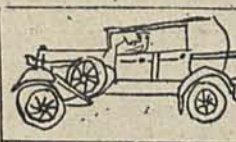
Mi «auto».
CARMEN SANZ.



Morronguis.
LAURA GARCÍA.



Una margarita.
G. LAMBRUSCHINI.



Mi «auto».
J. MACHIMBARRENA.



Un indio.
ANTONIO PRIETO.



Niño «peras».
P. LÓPEZ.



Don «Turu».
SOTOMAYOR.



De paseo.
MARÍA CEMBORAÍN.



Paloma.
NIEVES ALONSO.



Casa de Curriñche.
ARTURO DOMERQ.

Ayuntamiento de Madrid

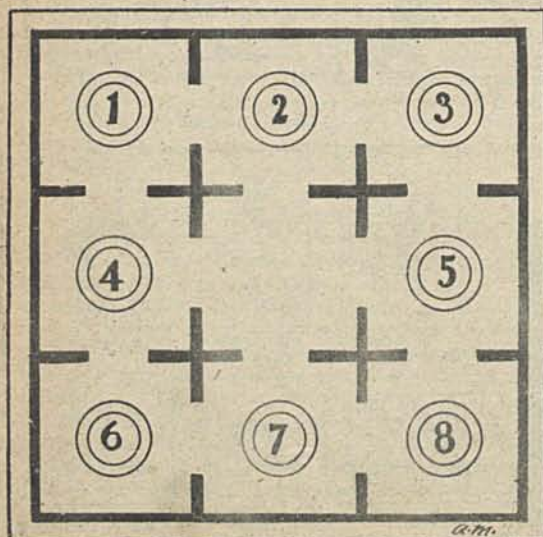
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EN LA SELVA



¡Pobre señora Hipopotamo! Su mejor amigo, su inolvidable compañero, ha perdido la cabeza. ¡Pobre elefante! Quién le había de decir que él, tan juicioso, tan sensato, había de perder la cabeza. ¿Sabréis vosotros hallar la cabeza de este desgraciado paquidermo?



CUADRO MÁGICO

Mover las fichas de modo que formen un cuadro mágico, o sea que sume lo mismo vertical que horizontalmente.

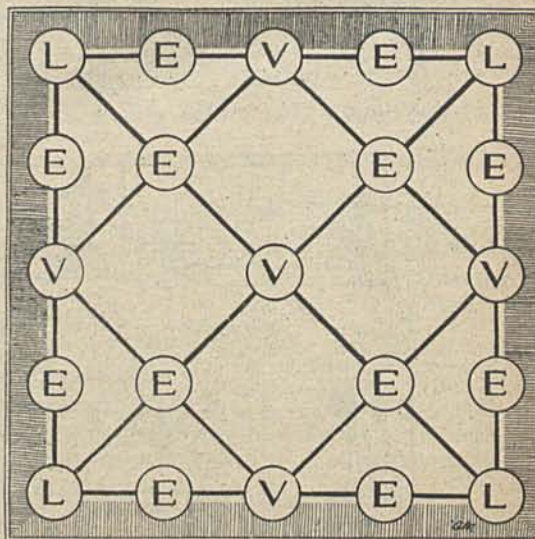
Las fichas se moverán de una en una y siempre al lugar que esté vacío.

¿Cuáles son los movimientos y cuántos?



ROMPECABEZAS

Como veis, este cuadro está formado por el nombre LEVEL, tanto en sentido horizontal como vertical y oblicuo. Se trata de averiguar cuántas veces se puede leer la palabra LEVEL en distintas direcciones.



VIDA PINOCHISTA



DOLORES y GUADALUPE
DURO MARTÍN
(Zaragoza.)

He aquí las dos lindas pinochistas a quienes la suerte ha favorecido con el

SEGUNDO PREMIO del CUARTO SORTEO DE REGALOS

consistente en una

MAGNÍFICA BICICLETA

PINOCHO felicita a tan simpatiquisimas hermanas y les desea para siempre la misma suerte que en este sorteo de regalos tuvieron.

A Nenesita, Eugenita, Pereira y Nenita Grau y Machado.

Tres niñas salieron solas a jugar con sus aritos en el prado sonriente, igual que tres pajaritos.

Las tres llevaban tres fresas en sus rosadas boquitas, mariposas en los ojos, y en los brazos, muñequitas.

Jugaban entre las flores, que sonreían dichosas con sus mágicos colores; y las niñas, tan graciosas, cuando besaban las rosas depositaban olores.

MERCEDES REY.



Las tres preciosas muñequitas a quienes Merceditas dedica su lindo verso.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio : Roberto Plaza.
- Segundo premio: Josefina Albrich.
- Tercer premio : Joaquín López Morazo.
- Cuarto premio : Luis Alfonso.
- Quinto premio : Manolita Blas.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Gertrudis Ramos, Jacinto Cuesta, Pilar Romero, Ramón Sánchez Dalp, Marianito Rosellón, Julio Cardenal, Eugenia d'Achvay, Martín Rodríguez, José M.^a Fernández, José Hineztrosa, Manuel María Gómez, Julio Hinojares, Margarita y Luisa Pérez, Aurelio Montás, Romualdo Marichaláin, Rosita Prada, Paquita Latorre, Félix Mendieta, Luz Pemartin, Gloria Sánchez, Manuel Rivera, José Galiana.

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Dibujos ... { Primer premio : Ramón Salto.
- { Segundo premio: José L. Fernández.
- Chistes ... { Primer premio : Irene Raquel Grassi.
- { Segundo premio: Jorge V. Radaelli.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

José Sánchez, Carmen V. de Limia, José M.^a Piñar, Jaime Alcoy, Fernando Albert, Francisco d'Hyver, Carmen Alvarez, María Luisa Abadal, Víctor José Gil, Aurorita Carrasco, Joaquín Requena, F. Letamendia, Agustín Giner, Rafael Serrano, María Nieto, A. Maraver, J. Borao, Alberto Yente, Juanito Martínez, Manuel Barrera, Miguel Dainow, Amalia Moreta, R. G., Manuel Matores, Manuel Martínez, Juanita Arranz, Josefina Buschwitz, Angel Moreta, S. Villalonga.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».



ANITA BUEN CORAZÓN

RESPECTABLE PÚBLICO. YA ESTAMOS AQUÍ OTRA VEZ PELUCHO Y VO. OS TRAEMOS MUCHÍSIMAS AVENTURAS. Y ADEMÁS MUY BONITAS. EN EL PRÓXIMO NÚMERO EMPEZARÁ LA FUNCIÓN.



Ayuntamiento de Madrid



Sección Pirula

PIRULA, DECORADORA

Frutas de cristal.— ¿Os acordáis que os prometí explicaros la manera de fabricar sin gasto alguno frutas artificiales, de esas que están ahora tan de moda, para adornar los comedores?

Lo prometido es deuda, y voy a pagar esta deuda ahora mismo. Figuraos que os disponéis a encender la luz eléctrica y os encontráis con que, por más vueltas que deis a la llave, sigue la oscuridad. ¿Estará estropeado el flexible? ¿Estará medio desatornillada la bombilla? O...

¿Qué os sorprende? ¿Que os hable de luces habiendoos anunciado que iba a hablar de frutas? ¡Pero si es lo mismo! Sí, porque esa luz que no se enciende nos va a proporcionar precisamente el medio de fabricar una de nuestras frutas decorativas.

En efecto; supongamos que la causa de que no se encienda la luz es que la bombilla está fundida; esta bombilla fundida, inservible como bombilla, en lugar de tirarla (una Pirulinda no tira nunca nada; sabe que todo puede servir siempre) la vamos a partir cuidadosamente y la conservaremos ni más ni menos que si fuera realmente un objeto precioso.

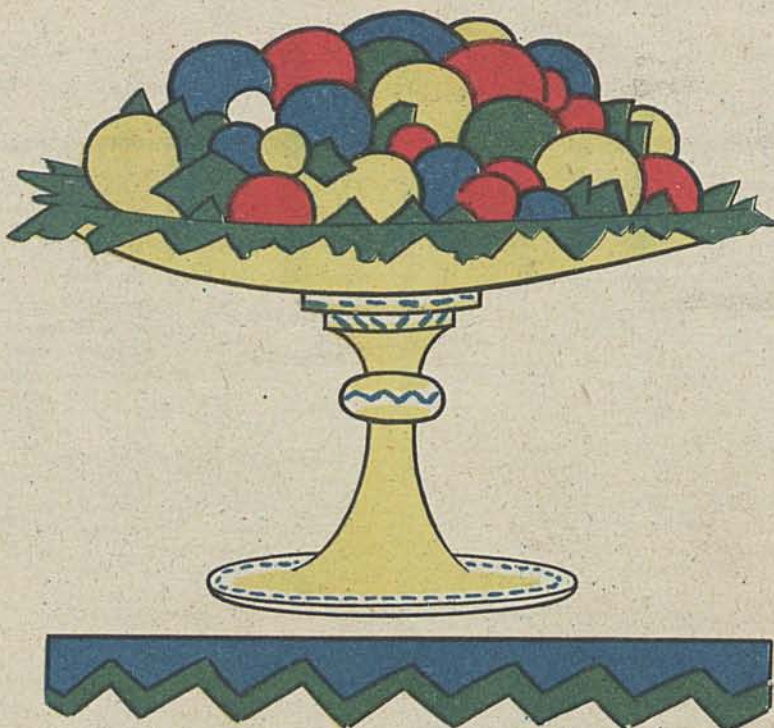
Desgraciadamente —desgraciadamente para el bolsillo de papá; afortunadamente para la «Sección Pirula» de hoy— este género de incidentes es bastante frecuente en la casa; y al cabo de algún tiempo —sobre todo si contribuyen a ello las amigas regalándonos alguna que otra bombilla fundida— tenemos ya una colección considerable de bombillas, susceptibles de convertirse en frutas.

Algunas son redondas; otras, alargadas; las hay de diferentes tamaños; unas parecerán naranjas y otras peras, unas manzanas y otras mandarinas.

Claro que eso de que las bombillas van a «parecer» manzanas o naranjas es algo exagerado. Del todo, la verdad, no, no lo parecerán. Pero ¿qué más da? ¿Por qué hemos de querer que un globo de cristal se confunda con una fruta? Como no sea para dar el pego el día de Inocentes...

Lo único que hace falta es que nuestras bombillas den una sensación algo frutal por su colorido y por su forma..., sin que haya necesidad de que a nadie se le ocurra hincarle el diente.

Pues bien; para que nuestras bombillas se transformen en frutas de adorno basta con cubrirlas de una capa de barniz o de pintura esmalte del color que se quiera; claro está que siempre es preferible elegir los tonos vivos, que van del amarillo al rojo, pasando por el anaranjado. Las bombillas pequeñas, las de las lamparitas de mesa, o de candelabros de piano, pueden pintarse en morado oscuro, o sea color de... ciruela.



Cuando la capa de barniz o pintura esté completamente seca se completa el aspecto frutal con unas estrías o unas manchas que serán del mismo color, en un matiz más oscuro, o en negro.

Se recortan luego en hule verde anchas hojas de bordes sencillos. Sobre estas hojas se disponen las bombillas..., ¡oh!, perdón, he querido decir las frutas, en algún cacharro de forma plana, que se coloca encima del aparador o en el centro de la mesa.

¿Lo veis cómo el hecho de no encenderse una luz podía proporcionarnos la manera de fabricar frutas decorativas de cristal?

PIRULA, REPOSTERA

Golosina de junio: mermelada de fresa.—No todo van a ser frutas de cristal; también —y sobre todo en estos tiempos— nos hemos de ocupar de las otras, de las verdaderas frutas, de las que se comen.

Para comer las frutas tal como las hace Dios, no necesitáis de Pirula; tengo para mí que todas las sabéis saborear.

Os daré, pues, una receta más de mermelada: se eligen fresas muy maduras y se pesa igual cantidad en peso de azúcar que de fresas.

Se echa el azúcar en una caldera con un poco de agua; más o menos, un vaso de agua para un kilo de azúcar.

Cuando el almíbar está espeso y hierve a borbotones, se echan las fresas, después de limpiarlas cuidadosamente; se dejan hervir unos instantes, luego se sacan las fresas con la espumadera y se echan en los tarros de cristal, llenándolos hasta la mitad solamente.

El jugo se deja otro poco en la lumbre hasta que espesa del todo; se retira entonces y se acaban de llenar los tarros.

ANÉCDOTAS DE PIRULA

Un vino singular.— Cuentan de un célebre actor español —a quien, para no nombrarlo, llamaremos, si os parece, «Don Noé» —que era un poco..., que era un

muy..., vamos, que le gustaba demasiado beber..., y no agua precisamente.

Un día, hallándose «Don Noé» en un restorán cenando con varios amigos, se apostó la cena a que reconocería sin vacilar, con sólo probar unas gotas, cuantas marcas de vino le presentarían.

Los amigos aceptaron la apuesta. Le vendaron los ojos y le fueron presentando copas que contenían, cada una, un vino de diferente marca. Y «Don Noé», en efecto, no vacilaba; no bien había paladeado el vino, declaraba con firmeza:

—Valdepeñas, Diamante, Rioja, Pastora...

Y no se equivocaba nunca.

Hasta que le presentaron una copa que contenía un líquido completamente distinto de todos los anteriores. Mientras «Don Noé» se llevaba la copa a los labios, sus amigos se retorcián de risa, tapándose la boca con sus respectivas servilletas.

Prueba el catador la nueva bebida, hace una mueca de sorpresa y de disgusto, y declara:

—Esto no puedo decir lo que es, no lo reconozco.

¡Claro! ¿Cómo iba a reconocerlo, si no lo había probado en su vida? Era agua.